

volvió á entrar á los dos meses en Alcalá sorprendiendo á la guarnición compuesta de una compañía de carabineros y una sección de voluntarios, de los cuales mataron dos los de su partida, que encontraron en las calles y obligaron á la demás fuerza á refugiarse en la casa Ayuntamiento, y sitiada, cuando Cucala había dispuesto incendiar la puerta para abrirse paso y apoderarse de los que se defendían, llegó á la estación del ferro-carril un tren con el general Baldrich y alguna tropa y huyeron precipitadamente los carlistas. Al frente de unos 200 hombres, que reunió en breves días, supo el 14 de diciembre en Cuevas de Vinromá que le perseguían una columna procedente de San Mateo y otra de Alcalá de Chisvert, y queriendo probar el valor de sus voluntarios, tomó posiciones, resistió el ataque de la primera columna, la cual, viendo que no llegaba la que esperaba de Alcalá, se retiró, sin que sucediera lo que la *Gaceta de Madrid* dijo. A los pocos días Cucala y don Ignacio Polo, confitero de Cinctorres, con su partida de unos 150 hombres, se propusieron desde Benasal sorprender á la columna liberal que estaba en Sierra Engarceran, inferior en número y cerca de Villar de Canes: no la hallaron en disposición de ser sorprendida, y se trabó un combate que duró tres horas. Agotadas las municiones de los carlistas, pretendieron cargar á la bayoneta, pero solo la tenían unos 60.

Encargado don Manuel Lopez Caracuel del levantamiento de Andalucía, donde había seguramente muchos elementos, especialmente en el ejército, y podríamos presentar los nombres de todos los comprometidos por obrar en nuestro poder las listas, consiguió solo formar en Sierra Morena una partida que se encargó de destruir el teniente coronel de la guardia civil, Gonzalez, quedando aquel prisionero con otros. El general de Marina don Romualdo Martinez Viñalel pretendió con el comandante Navarrete y otros proclamar á don Carlos en la provincia de Murcia y fueron presos en el punto de su reunión por el alcalde y voluntarios de la libertad, de Fortuna. La partida que logró levantar Corcho en la provincia de Cáceres la disolvió Cuesta en Llano Robles; el indulto otorgado á Briones y Nebreda Gonzalez, sirvió de pretexto para dar por pacificada la provincia de Toledo, y la verdad es que Bermudez pasaba y repasaba el Tajo, se acercaba la capital y operaba tranquilamente por puntos que, con un poco de prevision y dadas las condiciones de su gente, hubiera sido detenido y destrozado por una cuarta de compañía. Don Lucio Dueñas, cura de Alcabon, volvió en mayo á campaña, á la que le arrastraba su arraigada fe carlista, invariable á pesar de haber estado próximo á ser fusilado y dado garrote: no le imponía el suplicio; creía un deber pelear por la causa carlista, y cuando recibió la orden de 21 de abril, fué con solo un hombre al pueblo de Albarreal, detuvo á la ronda, sorprendió al alcalde, y diciendo que tenía cercado el pueblo, sacó cuatro caballos, y montando él y su acompañante, fueron á ir reuniendo su gente. Formáronse otras partidas, que operaban tan pronto unidas como separadas, pero faltas de organización: invadían pueblos como Lechosá haciendo frente á una pequeña columna de guardia civil, entraron en Siruela, retrocediendo á los montes de Toledo, penetrando en el camino en la Puebla de don Fadrique, sin hallar aquí la resistencia que en Escalonilla, cuyos liberales se defendieron en la iglesia y ayuntamiento, avanzaron hasta Fuensalida, 10 leguas de Madrid, recibiendo el pueblo en masa, aun atravesaron la carretera de Madrid á Toledo por Illescas, aproximándose mas á la corte; pasaron el Tajo cerca de Aranjuez, detuvieron el tren que iba á Toledo, sin molestar á los viajeros, tomando solo los periódicos, pernoctaron á dos leguas y media de Toledo, y no dejó de alarmar en Madrid el que unas partidas que, según los partes oficiales, se consideraban acosadas y derrotadas corriendo á salvarse en Portugal, se presentaran casi á las puertas de la corte.

Eran evidentes las ventajas que obtenían aquellas partidas, pero inútiles, porque les faltaba un jefe que supiera conducirlas é imponerse, que evitara las rivalidades que se suscitaron entre los toledanos y los de Ciudad Real, que produjeron disgustos y fraccionamientos; no se supo, ó no se quiso, aprovechar la salida de Toledo del general carlista Marconell, y en todo se notó la carencia de una dirección acertada.

Hierro y Pastor levantaron alguna gente en la provincia de Palencia, acabando por ser herido Pastor y apresado. En Salas de los Infantes, Pinedo con su partida acorraló en el cuartel de la guardia civil á la poca fuerza que de esta arma había, defendióse valiente, sosteniendo la lucha aun despues de muerto su jefe, y decididos los carlistas á que se les rindieran, rociaron el edificio con petróleo, le prendieron fuego por sus cuatro costados y se vieron sus defensores precisados á entregarse. La partida de Quintanilla que se levantó en Leon tuvo que refugiarse en Portugal; Vallés en la provincia de Oviedo fué batido, así como Rosas, obligándole á internarse y á presentarse á indulto algunos de sus partidarios y Gordito, obligando despues á la gente de Rosas á dispersarse. Hévia, que con su gente excitaba el espíritu carlista en Asturias, fué herido de gravedad en un encuentro, y su partida se corrió hácia Leon. La del antiguo carlista Suarez, levantada en la provincia de Orense, atacada por una columna de carabineros, se disolvió en Bande, quedando prisionero el jefe.

La guerra civil se podía dar por terminada, aunque no se podía asegurar que no renaciera como el fenix de la fábula. Todos estaban asombrados de aquella conclusion inesperada. Apenas se comprendía que lo que en Navarra, particularmente, comenzó tan pujante acabara tan fácilmente. Cuando al principio de la insurrección hubo pueblos y valles enteros en aquella provincia en los que no quedó un hombre capaz de sustentar el peso de las armas que no corriera á empuñarlas; cuando muchos párrocos dieron el ejemplo marchando á la cabeza de sus feligreses, cuando las mujeres animaban á los tímidos, encendían á los tibios é insultaban á los indiferentes ó contrarios, y ellas mismas colocaban en el pecho de sus maridos y de sus hijos, cual si diamantino escudo fuera, el corazón simbólico robustecido con el famoso mote *detente bala*, y les impelían á morir y matar en defensa de una religion invulnerable y de un maneo desconocido; cuando por do quiera se veía un vértigo belicoso, solo comparable, aunque no por su objeto, al que produjo la publicación de las primeras cruzadas; cuando esto era el fruto de las semillas que desde el púlpito y desde el confesionario se venían derramando hácia algunos años en el terreno de la ignorancia, germinando al abrigo de la mas completa impunidad, no se concibe cómo desapareció todo. Solo cometiendo los mismos carlistas los errores, las faltas que dejamos expuestas, errores y faltas en que volvieron á incurrir, y lo que es mas lamentable aun, que no supieron aprovechar los liberales, que á saberlo, hubiéranse ahorrado muchos infortunios.

CAPITULO VI

Crisis carlista.—Jefatura de Dorregaray.—Nuevo alzamiento carlista.—Política liberal.—Alfonsinos.

No dándose los carlistas por vencidos, formaron en Bayona y otros puntos nuevos comités para reunir fondos y preparar otro alzamiento: expidió una circular el centro reservado de Madrid diciendo que si don Carlos callaba era porque se ocupaba activamente en organizar de una manera eficaz los elementos de triunfo, dispuesto á no cejar hasta vencer, que no había que desanimarse, sino levantar el espíritu, hacer otra vez sacrificios, olvidar rencillas, inspirarse en el sentimiento cristiano que era todo caridad y desprendimiento, y formar en todas partes comités para reunir fondos y prestar toda clase de servicios. Dividía á los carlistas, ó mas bien afectaba á todos ellos, una cuestion que llegó á revestir gran importancia, hasta el punto de decirse que la situación por que aquellos atravesaban era una balanza, en la cual pesaba de un lado la España tradicional y de otro el señor Arjona, secretario de don Carlos. Considerada por todos funestísima su influencia para la causa carlista, se obstinó don Carlos en sostenerle, se consideró ofendido con los que querían imponerse, manifestó que los que no le obedecían no eran carlistas, y que estaba resuelto á quedarse solo, con la bandera, antes que consentir imposición alguna. Tan poco justificada como impolítica é inconveniente obstinación, exaltó los ánimos de todos los carlistas, se hizo mayor la division entre los viejos

y los nuevos, produjéronse grandes conflictos y se paralizaron los aprestos belicosos. La causa carlista pasó por una de sus mas terribles crisis. Don Carlos no tenía á la sazón mas consejeros que su secretario, Elio y Manterola; el primero pretendiendo dirigirlo todo, el segundo entregado á su habitual indolencia, y el tercero procurando suavizar asperezas, allanar dificultades, y queriendo contentar á unos y otros, lograba disgustar á todos. Sin resolver don Carlos la grave cuestion pendiente, insistió en un nuevo levantamiento; se le expuso que, sin discutir sus determinaciones, «seria convenientísimo para la marcha del partido que retirara de su lado á su secretario,» sin cuya medida juzgaba la junta que don Carlos no llegaría á sus aspiraciones, y los esfuerzos de la junta serian inútiles. En contestación, ofició Arjona de orden de don Carlos ofreciendo á la junta 8,000 fusiles; no estimó esta suficiente tal oferta para verificar el movimiento, diciendo que tenía la convicción de que nadie respondería á causa de que las personas que rodeaban á don Carlos no inspiraban confianza, por haber engañado repetidas veces dichos señores durante la campaña; que la junta estaba en la creencia, por haberlo dicho Manterola, de que Arjona no entendía ya en los negocios oficiales y solo era un secretario particular de don Carlos; que aquella corporación tenía antes amplias facultades para la cuestion de armamento y organización militar, sin las que no hubiera admitido dicho cargo, y ahora se encontraba con estas limitadas hasta el extremo de que apenas podía llamarse con propiedad junta de guerra, y que en virtud de las atribuciones con que se creía revestida se había ocupado con actividad en buscar recursos, enviando emisarios á Inglaterra, Bélgica, Italia y otros puntos, esperando el resultado para en caso de ser favorable, emprender el movimiento que estaba resuelta á verificar sin perder un instante. Al recibir don Carlos el acta en la que se consignaba lo anteriormente expuesto, disolvió la junta, considerando inútiles sus trabajos y determinando entenderse directamente con los comandantes generales de las provincias.

La disuelta junta vasco-navarra (1) que no esperaba la grande ofensa que se le hacia, expuso á don Carlos los servicios que había prestado, sus buenas intenciones en lo que hubiese errado, y aunque acatando la voluntad soberana quedaba disuelta, «á fuer de leales, añadían, debemos prevenir á vuestra majestad que considerándonos depositarios de la confianza de nuestros paisanos, dispuestos como estamos á morir, guardando con amor el tesoro de nuestra fe religioso-política, y á trasmitirla á nuestros descendientes, procuraremos invitar en nuestro favor y apoyo á las personas mas distinguidas de la comunión católico-monárquica, para que, nombrando una junta directiva, salve á nuestra amada patria del desorden y caos en que se ve envuelta, haciendo brillar la religion y el derecho.—Esperamos que V. M. ni nadie podrá ver en este comportamiento otro móvil que el patriotismo mas acendrado y el de la mas recta conciencia.» Don Carlos, dejándose llevar por su precipitado consejo ó por el poco acertado de los que le rodeaban, declaró rebelde y sediciosa toda junta ó corporación que se reuniese sin su orden ó autorización, y como sedicioso y revolucionario todo acto público que una junta ó reunión de carlistas hiciera sin su permiso ó orden.

Agravada la crisis de la causa carlista, reuniéronse en Burdeos los representantes de sus periódicos de Madrid, leyó don Carlos un *memorandum* sobre la situación que se atravesaba, y Arjona ciertos documentos sobre sucesos pasados, dióse cuenta de que de los legitimistas franceses y de los católicos de Europa solo se habían obtenido unos 80,000 francos, que en cuanto se cobraran se enviarían á Cataluña; dijo Arjona que los católicos continuaban enviando sus oraciones á Dios y su dinero á Roma; se convino en que el partido se encontraba en circunstancias gravísimas, acordando unánimes los representantes de la prensa convocar una reunion de personas notables para buscar el medio de conjurar el conflicto; no se quería esto cuando Arjona declaró que don Carlos no aceptaba este medio, y que estaban los

(1) La componían los señores Polo, Carasa, Valde-Espina, Martinez de Velasco, Saenz de Ugarte, Aguirre (don Juan Bautista), Lizárraga, Cathalineau, Milla, y como secretarios Peralta y Argüelles.

periodistas en el caso de decir claramente cuál seria su actitud si surgiese una disidencia pública entre el rey y una parte mayor ó menor del partido. Sinceramente manifestaron los representantes de la prensa la ineficacia de sus esfuerzos contra la opinion general tan explícitamente declarada por el relevo del señor Arjona; mas no satisfacía esto, y se procuraron contestaciones ó declaraciones particulares que nada significaban, si bien procedieron los periodistas con nobleza y dignidad y tuvieron la debida entereza.

No se remediaba así la situación de los carlistas, aun cuando todos se lamentaran de lo que sucedía; agravóse con la dimisión de los comandantes generales de las provincias Vascongadas y de Navarra; en las cartas que mediaban entre los principales personajes carlistas, no se combatía solo á Arjona, sino á don Carlos, al que se daban calificativos poco respetuosos y que demostraban, si necesidad de demostración hubiera, lo que se debilitaba la fe y el entusiasmo de unos partidarios que tan en alto grado poseían aquella virtud y aquella cualidad. Volvieron á pensar algunos en Cabrera, Lizárraga escribía á sus amigos de la Rioja exponiendo grandes verdades envueltas en excéntricas consideraciones y especialmente en exageradas manifestaciones religiosas: se evidenció mas el antagonismo de los viejos y nuevos carlistas, de los partidarios y enemigos de Cabrera, y la lucha que comenzó en Francia cundió en España, y se mostró en algunos puntos una division, que á haberla sabido aprovechar los liberales, hubiera sido verdaderamente funesta para los carlistas. Lo que favoreció á estos fué su entusiasta adhesión á don Carlos, á pesar de la manera con que trataba á algunos, del rigor empleado con los autores del convenio de Amorevieta, considerado *tan vil* como el de Vergara, y de que escribiera el secretario de don Carlos estas líneas ocupándose de los individuos de la disuelta junta vasco-navarra: «Insurrectos vergonzantes, no detendrán la marcha de los trabajos.... Prescinda V. de contemplaciones y entrevistas.... sin ellos podemos empujar los trabajos.... Verá V. qué poca falta hacen esos *detenedores* de movimientos, satélites de Cabrera, y ¡oh vergüenza! de Cabrera alfonsista! En el terreno militar, esa junta es una sedición colectiva mas.... ¿No querrá Dios que acaben de hacer un acto público ostensible, para tirar de la manta y enseñarlos desnudos al país?... En cuanto al país vasco-navarro, ahí está el quid: vencer el marasmo que ellos infunden, y punto concluido; el ver fusiles hará milagros, mal que pese á los insurrectos. Estamos, pues, respecto á los disidentes, lo mismo que el día que V. llegó aquí...»

En aquella confusion de opiniones, ó de apreciaciones, y en aquella insensata tiranía de poder y carencia absoluta de buen criterio y sano juicio, se llegó á ver solo don Carlos sin tener un jefe que organizara los trabajos, y cuando era mas necesario, por las ofertas que se hacían á los de Cataluña que, con tan inauditos esfuerzos, como vimos, sostenían la guerra esperando renaciera en otras provincias. Era absolutamente indispensable un jefe, y llamó don Carlos á Dorregaray que estaba curándose en Valencia: acudió solicito afrontando riesgos, y empezando á experimentar disgustos, siendo fundado el que le produjo el que se le reemplazara en Valencia sin consultarle, y mas considerando desacertadísima la elección que se hizo, lo cual probaba el criterio que en todo presidía.

La elección de Dorregaray conjuraba en parte la crisis que amenazaba concluir con los carlistas. Aceptó, pues, la comandancia general de Navarra y provincias Vascongadas, se trasladó á la frontera; privado del necesario apoyo por la division que reinaba entre los jefes carlistas, recurrió á los de menos categoría, lo cual disgustó á los que desde entonces se le mostraron rivales, mermando esto mucho su fuerza moral y el prestigio de su autoridad, y creyendo don Carlos aumentar este con un acto de rigor, que no fué considerado como de justicia, destituyó á Carasa, á Valde-Espina, á Aguirre y á Velasco, de las comandancias que ejercían desde Francia, reservándose hacerles comparecer en su día ante un consejo de guerra. Solo obrando en nuestro poder los documentos que prueban cuanto venimos exponiendo, podríamos dar crédito á tal cúmulo de anomalías, de inconveniencias, de verdaderas locuras, aunque hemos de ver mas.

Gran sorpresa causó ver elevado á Dorregaray á la jefatura militar del partido carlista; esto exigía mas por parte del agraciado, que se propuso justificar su inesperada elevación, que no empezó mal, pues tuvo la fortuna de que la ida de doña Margarita á Burdeos coincidiera con la tan deseada desaparición de Arjona, en cuyo cargo de secretario particular le reemplazó don Isidoro Iparaguirre. Aun tuvo que vencer Dorregaray algunos obstáculos presentados por individuales y oficiosas intervenciones, proveyó las comandancias generales vacantes, trasladóse á la frontera para organizar y preparar el alzamiento, careciendo de recursos y hasta del personal mas indispensable, procuró que los jefes que estaban retraídos aceptasen mandos en las provincias; creó una junta en la frontera, disuelto ya el centro de Madrid, y dispuso cuanto creyó necesario para que se verificase el alzamiento á mediados de diciembre, dándose las órdenes al efecto para que cada cual marchase á su puesto, disponiendo Dorregaray su entrada con Ollo por la frontera de Navarra, por lo cual se reunieron en Biarritz. Ordenóse á Pérula se agregara á ellos, y corrió á ejecutarlo. También se hizo lo posible para estrechar la unión entre todos los jefes, lo cual no era tan fácil, pues una gran parte de los que eran enemigos del movimiento habían escrito á Navarra predisponiendo al país contra Pérula, Ollo, Argonz y otros, y en tales términos, que estando ya en el campo, trató Ollo en vista de aquellas cartas, fusilar á sus autores en cuanto se apoderase de ellos.

La guerra civil iba á renacer de sus cenizas; sabía lo el gobierno, y no se preocupaba mucho ni le daba grande importancia; es mas, no faltó ministro que dijese que convenia un poco de carlismo. Reclamábanse del gobierno providencias energías; autoridades vascongadas decían que, «puesto que sus paisanos rechazaban cuantas leyes se hacían en favor de la libertad de los pueblos, se debía gobernarlos únicamente con sus fueros, con los que nunca habían tenido ni libertad de sufragio, ni de reunión, ni inviolabilidad del domicilio, ni libertad de imprenta, de la que abusaban para hacer la guerra á todas las libertades juntas y á los que se las otorgaban, y cuando con arreglo á los buenos usos y costumbres, se les podía y debía haber tratado como don Pedro al diputado general de Vizcaya en Bilbao, tirándolo por el balcón, como despues se trató á los promovedores de la *machizada*, ó como Fernando VII á los que conspiraron en 1827.»

En el campo liberal se atravesaban circunstancias críticas. Los partidos estaban ofuscados, la pasión era la principal consejera, y el país en general era presa y víctima de aquella perturbación política. Todos sentían malestar y era unánime el presentimiento de graves conflictos é inevitable guerra.

Para emprenderla creían contar los carlistas con regular número de fusiles esparcidos en las provincias Vascongadas y Navarra, pues en cuanto á recursos, solo tenía don Carlos unos dos millones de reales en bonos de difícil colocación. Había otra dificultad mayor, y era que los muchachos, como se llamaba á los mozos carlistas, no se mostraban en todas partes muy dispuestos á tomar las armas; «pues está el país excesivamente trabajado por los disidentes, y los muchachos, muy desconfiados, están en la creencia de que no hay elementos, y esto no es mas que repetir lo que se ha hecho hasta aquí (1).» Pedían algunos se aplazara el movimiento para enero siguiente, mas la impaciencia de don Carlos y de otros no lo consentía.

Efecto de esta impaciencia fué la presentación de algunas partidas en la noche del 3 de diciembre—1872—en el monte de Oyarzun—Guipúzcoa—huyendo de la persecución que se les hizo hasta el monte Arano, no sin haber destrozado la vía férrea entre Andoain y Hernani. Mandaba la partida que causó estos destrozos, don Manuel Santa Cruz, cura de Hernialde, que contaba á la sazón treinta años de edad, que ya en su juventud mostró mas afición que á los estudios á toda clase de ejercicios corporales: falta de verdadera instrucción, mal sacerdote, careciendo hasta de sentimientos de humanidad, no podía darse mayor anacronismo que el que era tan

(1) Carta del marqués de las Hormazas.

mal ministro de la religión cristiana se lanzara al campo por creerla escarnecida y trocarla el báculo de paz por el arma de guerra y llevara esta y la desolación á su paso. Protegió el levantamiento de otras partidas; se ejecutaron movimientos estratégicos y combinados para exterminarlas; sabían eludir todo encuentro, cosa no difícil dada la escabrosidad del terreno en que se guarecían; tenían tiempo para sacar por fuerza los mozos de los pueblos, y llegaba su audacia hasta aproximarse á San Sebastian, como lo hizo la partida de Soroeta, que estuvo el 23 de diciembre en Astigarraga, llevándose raciones de pan, vino y carne y ocho mozos; marchó despues á Oyarzun, secuestró al regidor Irigoyen, á su hijo y á dos caseros.

Merodeando Santa Cruz de monte en monte, penetró en Navarra, volvió en seguida á Guipúzcoa; presentábase al mismo tiempo en las minas de San Narciso, á una hora de Oyarzun, el vicario de esta importante villa al frente de su partida, en la que iban Chocoa y otros curas, é hicieron parar los trabajos; fuerzas liberales de Iruin y de Oyarzun trabaron combate con los carlistas, defendiéronse estos bien en las tres posiciones de que fueron sucesivamente desalojados, y se retiraron perseguidos á Navarra.

No bien penetraban en esta provincia volvían á la de Guipúzcoa donde tenían su verdadero y seguro campo de operaciones las partidas de Santa Cruz y de Soroeta, reclutaban mozos y los armaban, y desde el Endara al Oyarzun y del Aya al Arano, merodeaban á su satisfacción, evadían perfectamente la mas activa persecución de cuatro y seis columnas á veces; no eran obstáculo en lo mas crudo del invierno los rios Oria, Urumea, Leizaran, Berástegui, Amezqueta, Agaunza y otros, protegían nuevos levantamientos, aunque no muchos, porque no estaba muy alentado el espíritu belicoso de los guipuzcoanos, y conseguían que la guerra civil empezara á organizarse á fin de este año de 1872, aun cuando la començó Santa Cruz sin estar decretada por don Carlos.

Apuraban á este su hermano don Alfonso y los catalanes, manifestándole que se encontraban en la imprescindible alternativa ó de desarrollar el movimiento ante Gaminde ó de que decayera ante la quinta, exigiendo para lo primero el auxilio del Norte, y mientras tanto la seguridad de que se efectuaría dentro de breves dias. Don Carlos les ofreció cumplir sus deseos, y decretó que se hiciera en cuanto se pudiese el proyectado movimiento general de Cataluña, tomando sobre sí toda la responsabilidad. A este efecto prometió el inmediato movimiento de las provincias Vascongadas y de Navarra. Dorregaray le preparaba para el 12 de diciembre, y no siendo posible se dispuso para el 15, escribiendo don Carlos á Dorregaray el día antes una importante carta (2), en la que despues de manifestarle que se dirigía mas al amigo que al general, le añadía: «El movimiento es necesario, indispensable: Cataluña, las circunstancias del momento, nuestra honra, todo en fin, lo está exigiendo: lo he decretado, pues, obedeciendo la voz del patriotismo y de la conciencia: bien decretado está. Todos los esfuerzos imaginables para obtener recursos los he hecho, y te he mandado las cantidades que pude. Por tu parte también has hecho lo posible para organizar tus medios de acción, y has logrado lo que humanamente puede lograrse.—Uno y otro hemos cumplido hasta aquí con nuestro deber; ahora nos quedan aun deberes mas grandes y espinosos.—Mi grito de guerra es y será siempre; adelante! pero esta palabra no significa dar batallas y empezar la lucha, como si tuviéramos los elementos necesarios, no; nuestro deber hoy es organizarnos, fraccionar y esparcir las fuerzas, huir encuentros inútiles ó inciertos; en una palabra, imitando á los valientes y entendidos catalanes, sostenernos siempre, é ir formándonos para el día en que la guerra pueda adquirir un carácter violento y empeñado.—Yo me contentaría con que dentro de un mes empezara á tomar cuerpo, y á ser lucha decidida el movimiento que empezais mañana, á no ser que sucesos extraordinarios y favorables, nos permitiesen pasar pronto el Ebro, y llegar á lo que deseamos.—Entre tanto no debe descuidarse un punto el cortar los ferro-carriles

(2) Cuyo original poseemos.

é interrumpir los trenes, inutilizar las líneas y aparatos telegráficos, destruir la correspondencia oficial, apoderarse de los caudales y efectos públicos, poner, en fin, cuantas trabas y obstáculos se puedan á la acción del enemigo, cuidando muy particularmente de atraerse sus tropas. Al mismo tiempo deben acostumbrarse nuestros voluntarios á buscar recursos y contentarse con los que haya, animándolos con la entrada frecuente en pueblos amigos, y con las sorpresas y ventajas parciales. Resistir y luchar es nuestra divisa, según lo que mas dé de sí el país y los acontecimientos.—Tú no debes meterte á guerrillero, debes permanecer en tu puesto, empujar á todo el mundo y darles el ejemplo cuando sea preciso. Pero persuade á todos á resistir siempre, siempre, siempre, y hemos triunfado. Quisiera y pido á Dios que el general *No importa* presida nuestra empresa. Quisiera que todos los carlistas que van á entrar mañana considerasen el Pirineo como una barrera de hierro infranqueable, y olvidasen que hay un país que se llama Francia. Si sabemos quemar las naves y desplegar la tenacidad heroica que distingue á España entre todas las naciones de nuestra raza, la victoria es segura. Queda á tu discreción fijar el momento oportuno para tu entrada; pero cuando la verifiques, dí á todo el mundo en mi nombre, que estoy animadísimo, impaciente, ansioso de pisar otra vez, pronto, muy pronto esa tierra querida: que suspiro por verme á la cabeza de mis voluntarios, y mientras pueda hacerlo les pido ahora paciencia, sufrimiento, constancia y resistencia á muerte. Ojalá que los conceptos que espontáneamente voy dejando en este papel, se graben en los corazones de todos; y así será, pues nada nuevo recomiendo, nada que no sea virtud propia del buen español. ¡Animo, pues! que vuestro rey está animoso cual ninguno, y decidido á ser con la ayuda de Dios y de España otro Pelayo que reconquiste la patria y la libertad de vergonzosa dominación. Dios, etc.—P. D. Tu carta de hoy que acabo de recibir me obliga á ponerte esta posdata. Por las razones que me das consiento en la suspensión que me pides; pero *nada mas* que hasta el 18 y por última vez.»

A virtud de la contestación de Dorregaray, le escribió don Carlos otra carta el 17, muy satisfecho de cuanto aquel hacia, é insistiendo en que el movimiento se efectuara el 18, y para que aumentara á medida que el armamento se introdujera en España, que empezaran á salir las partidas que se pudieran formar en el interior de las provincias, y toda la gente que existía en Francia en disposición de llevar el fusil. Daba don Carlos para todo esto las instrucciones necesarias, diciendo que formadas estas partidas, entrarán mas adelante los comandantes generales para unificarlas, organizarlas y disciplinarlas un poco, á fin de ponerlas luego bajo la dirección de Dorregaray (1). Además de las instrucciones remitiéronsele circulares para las provincias, exceptuando las de Aragón y Cataluña, señalándose como tipo el auxilio de 4,000 duros para cada provincia de primera clase, 3,000 para las de segunda y 2,000 para las de tercera.

Como no se habían oído mas consejos que los de la impa-

(1) «Este sistema, añadía don Carlos, tiene la doble ventaja de que al empezar á salir las partidas, no se alarme el gobierno usurpador, como sucedería si os presentarais todos los jefes desde el primer día, con lo cual cargarían fuerzas, y careceriais de medios de resistencia; por otra parte, no podrá nunca considerarse esto como un movimiento que no va á tener resultados, pues siempre se dirá que empieza la insurrección, y que luego irán los jefes. Este tiempo lo emplearás en hacer pasar el armamento y municiones, y además debes dejar bien establecida la junta auxiliar, y bien dispuestas las comunicaciones con Guipúzcoa y Navarra.—Este sistema ha producido los ventajosos resultados que tocamos en Cataluña. No creo que los vasco-navarros sean menos esforzados y sufridos que los catalanes, y espero por lo mismo iguales resultados. Animo, pues, mi querido Dorregaray; obra con la esperanza de que eres tú el destinado por Dios para comenzar la última campaña; y que la resistencia invencible y el tesón para sostener las armas carlistas, nos ha de llevar á la salvación de la patria, y á la destrucción de los que há tantos años la dominan y empuñan. Animo, mientras yo apuro todos los medios para proporcionar recursos; y ojalá me una pronto contigo, para que al frente de mis voluntarios, demos nuevos dias de gloria á nuestra bandera. Dios te guarde.—Tu afectísimo, Carlos.—(Hay una rúbrica.)—Hoy 17 de diciembre de 1872.»

ciencia y la precipitación, apenas se ordenó el alzamiento surgieron nuevas dificultades. Eralo grande haberse decretado bajo la presión que ejercían los catalanes, prometiendo estos efectuar un levantamiento general, que había de ser inmediato, y del que no se vislumbraban síntomas. El auxilio que había de prestar la insurrección republicana, perdía cada día en importancia; el gobierno realizaba la quinta, y el dar carácter de levantamiento general, cuando los recursos se estaban reuniendo y no había armas, era, como escribían personas competentes é inmediatas á don Carlos, exponerse no solo al vencimiento sino á la vergüenza. Se atendió á procurarse armamento, y se cedió un poco en el belicoso ardor que inspiraban escritos con teorías impracticables. Favorecía indudablemente el movimiento carlista la escasez de tropas que el gobierno tenía en Navarra y en las provincias vascas; mas la cuestión de armamento seguía siendo uno de los mayores obstáculos. Se daban órdenes, se movían agentes oficiales y oficiosos, intervenían interesados extranjeros, se hacían grandes ofertas, se creaban lisonjeras esperanzas, y se obtenían disgustos, desengaños, contrariedades, rivalidades y discordias muy funestas para la causa carlista cuando mas necesitaba de la unión de todos, de la armonía de todas las voluntades.

Estas vicisitudes no trascendían á los que habían de ser el núcleo de la guerra; así que, decretada, y lanzado Santa Cruz en Guipúzcoa, comenzó primero la agitación y en seguida el levantamiento de pequeñas partidas en Alava y en Vizcaya. No solo la diputación vizcaína sino todos los amantes de los fueros, temieron por estos si se encendía la guerra en el señorío, porque solo podían existir aquellos á la sombra de la paz, y consideraban como un gran triunfo que hubieran sobrevivido á la anterior insurrección; por esto aquella corporación foral se dirigió á sus gobernados diciéndoles que la conservación de los fueros descansaba en el apoyo que prestaran á la autoridad tutelar, en el caso de que el orden se alterase, según se temía, por lo cual les recomendaba la paz, que se mostraran enemigos de todo el que atentara contra ella, que era lo mismo que atentar contra la prosperidad de que Vizcaya disfrutaba «al calor amoroso de sus libertades y franquezas.» Así pensaba la mayor parte de los vizcaínos; pero no supieron ó no quisieron resistir la coacción de unos pocos. Era impotente la voz de las autoridades, aunque fueran las forales; y no solo con la bandera carlista, sino ostentando la federal, se levantó una partida en las inmediaciones de Bilbao, muriendo al nacer. No podían prometerse otro resultado sus desatentados autores.

Queriendo mejor satisfacer sus pasiones políticas que el bien de Vizcaya, de la que se llamaban hijos, Valde-Espina, Campo, Gomez, Goirieta, Iriarte y otros fueron iniciando la guerra en aquella provincia, buscando partidarios por la fuerza y usando de los medios mas violentos para que los mozos trocaran las herramientas por el fusil, los útiles productores por el arma destructora.

La verdadera importancia estaba en Navarra, á cuyos habitantes, los vascos y riojanos, dirigió Dorregaray una proclama diciéndoles que ya había sonado la hora del combate que deseaban para auxiliar á los heroicos catalanes; les llamaba á las armas para salvar la fe, la patria, el trono y la dignidad española; que la vida carlista de su padre, sus antecedentes y su herida garantizaban su propósito de conducirlos á la victoria ó morir en la demanda; que no contaran los enemigos, y terminaba con estas palabras: «yo no os digo; ¡luchar! os digo; ¡vencer!»—Dirigiéndose al ejército le dijo que había vestido su uniforme, servido en Cuba y peleado en Africa y le llamaba á su lado, victoreando á la religión, á España y á Carlos VII.

Ningun hombre llevaron á la causa carlista estas absurdas alocuciones y otros esfuerzos; con solo 27 hombres penetraron Ollo, Pérula y Argonz. En vez del magnífico armamento, según expresión de los que en él habían comerciado, encontraron sin ocultar en una vieja tejería, unos fusiles que parecían por lo largos espingardas, enmohecidos, que habían sido muy antiguamente de chispa y eran de piston, y unánimes dijeron que con aquellas armas no entraban en España. Amonestóles severamente Pérula, les llamó cobardes, cogieron los fusiles, los